Cuentos victorianos de Navidad

Selección y traducción de
Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 2017
Tercera edición: noviembre de 2025

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección y traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-082-1
Depósito legal: M. 12923-2025
Printed in Spain

Presentación

Durante el extenso periodo victoriano (1831-1901) y el desarrollo de su capitalismo liberal que en ocasiones puede llegar a calificarse de «salvaje», se produjo paulatinamente una comercialización de la Navidad a partir de la década de 1840 que obviamente aún hoy perdura y que también afectó de lleno a la literatura. Esto se tradujo en un mercado literario navideño que se basaba en unos hechos bien sencillos y palmarios: la sempiterna disposición del público a hacer gastos adicionales en ese periodo festivo, la prosperidad de la clase media, la progresiva alfabetización de las clases humildes y el gusto de las familias victorianas por reunirse ante el fuego y leer en voz alta todo tipo de textos en las frías noches de invierno (lo que, obviamente, no excluía la lectura individual y privada). La industria editorial de la época supo satisfacer esa demanda con ediciones más baratas y tiradas especiales para las festividades navideñas, lo que también incluía números extra de revistas (como fue el caso, por ejemplo, de las dirigidas por Dickens).

He dicho que los victorianos gustaban de leer todo tipo de textos en tan «señaladas fechas», y en eso hemos de hacer especial hincapié para entender la selección que aquí presentamos. Sus lecturas navideñas

favoritas iban de las que trataban directamente de esa festividad y de su espíritu, tanto para el público adulto como para el infantil, pasando por textos religiosos, poemas, canciones y pantomimas, hasta, sobre todo, cuentos de misterio y miedo que gozaban de especial aceptación en esos días festivos (lo que nos da parte de la clave para entender la peculiar composición de algunos de los libros navideños de Dickens). La gran mayoría de escritores victorianos aprovecharon el mercado literario de Navidad para escribir, a fin de cuentas, el tipo de literatura que siempre hacían, y que abarca de las sátiras sociales de Thackeray a los relatos de terror de Stevenson, por poner dos ejemplos destacados que, por lo coyuntural de su relevancia navideña y por mera cuestión de espacio, han quedado fuera de esta recopilación.

Así pues, la selección que aquí presentamos es una muestra de esa diversidad. Son todos relatos que tienen en común que transcurren en Navidad y poco más. Cierto es que muchos de ellos enfatizan hasta cierto punto los buenos sentimientos y el amor generalizado que se tienden a exacerbar en esas fechas, pero sin caer en un empacho que es preferible dejar para las comilonas que también les son consustanciales. Son cuentos y novelas cortas, en definitiva, que se pueden leer y disfrutar en cualquier época del año.

Ya en estas pocas líneas he citado en varias ocasiones a Dickens. A fin de cuentas, para algunos es casi el inventor del «espíritu navideño». Alianza Editorial ya publicó en un volumen, *Cuentos de Navidad,* las cinco novelas cortas que el autor escribió a lo largo de la década de 1840, entre las que destaca la celebérrima *Canción de Navidad*. No obstante, una recopilación de

cuentos victorianos navideños podría parecer un tanto escasa sin algún texto dickensiano, y de ahí que ofrezcamos dos de los que dedicó a la Navidad durante su carrera. Así, el lector tendrá ocasión de constatar que «La historia de los duendes que robaron un sacristán», extraído de *Los papeles póstumos del Club Pickwick,* es una especie de borrador de lo que unos años después sería *Canción de Navidad*, y que *Los siete viajeros pobres* responde a la técnica que Dickens emplearía en varios de los números especiales de Navidad de sus revistas, creando una historia que sirviera de marco al relato de varias narraciones escritas por él mismo y otros colaboradores suyos. Dickens nunca pedía a estos colaboradores que sus historias fueran estrictamente de temática navideña, sino más bien que transmitiesen ese «espíritu navideño» de concordia y perdón, de lo que «La historia de Richard Doubledick», del propio Dickens, es una buena muestra.

Otro de los grandes novelistas victorianos, Anthony Trollope (lamentablemente también uno de los más desconocidos en España), escribió varios cuentos de ambientación navideña en los que hace gala de sus habilidades y características habituales. Así, «Navidad en Thompson Hall» es el divertido relato de las peripecias de una digna señora inglesa una aciaga noche en un hotel parisino, que sirve al autor para insinuar temas constantes en su obra como la verdadera naturaleza de las relaciones humanas, mientras que «La rama de muérdago» demuestra por qué podemos considerar a Trollope el más austeniano de los escritores victorianos.

Charlotte Riddell, quien también firmaba como J. H. Riddell, fue una prolífica escritora que destacó por

esos cuentos de fantasmas que tanta aceptación tenían, uno de los cuales, «Un extraño juego de Navidad», presentamos aquí. No cuesta imaginarse el efecto que podría tener la lectura ante el fuego de una historia como ésta.

El nombre de Arthur Conan Doyle ha quedado lógica e ineludiblemente unido al de su gran creación, el detective Sherlock Holmes, pero su producción literaria no se limita a las aventuras de este, como demuestra el entretenido cuento «Una Nochebuena trepidante», en el que un timorato científico alemán que se cree gafado por el destino ha de enfrentarse a un peculiar grupo de anarquistas, que por las circunstancias políticas y sociales del momento se convertirían en actores bastante frecuentes de la literatura de la época. Y como siempre es muy grato leer a Conan Doyle, creo que no está de más que añadamos también «La aventura del carbúnculo azul», aunque sólo sea para ver cómo Sherlock Holmes no es inmune al bondadoso espíritu de la Natividad.

Juliana Ewing fue una escritora de literatura infantil de mucho éxito que nos demuestra sus dotes en «Dragones: un cuento de Nochebuena», en el que, mezclando lo costumbrista y lo fantástico con suma facilidad, nos recuerda la importancia de los buenos modales y el carácter didáctico de este tipo de literatura, que aquí no se ciñe a los hijos, sino también a los padres.

Y el broche final lo pone el siempre interesante Wilkie Collins, cuyos relatos de intriga invariablemente producen gran satisfacción. El autor subtituló su novela corta *La máscara robada* como «Una historia para leer al amor de la lumbre navideña», y, en efecto, con

su habitual mezcla de humor, misterio y melodrama, nos proporciona una narración muy placentera en cualquier circunstancia que se lea.

La literatura navideña de la época victoriana es, en resumidas cuentas, tan variada como entretenida, así como un buen reflejo de al menos parte de la sociedad para la que fue escrita. Esperamos que disfruten con esta selección.

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PÉREZ

CHARLES DICKENS

LA HISTORIA DE LOS DUENDES QUE ROBARON UN SACRISTÁN (1836)

En un pueblo que había crecido alrededor de una vieja abadía, al sur de esta parte del país, hace mucho, mucho tiempo –tanto que la historia debe de ser cierta, ya que nuestros bisabuelos se la creían a pies juntillas–, ejercía un tal Gabriel Grub de sacristán y sepulturero en el cementerio. El que alguien sea sacristán y esté constantemente rodeado de símbolos de mortalidad no tiene por qué implicar que sea taciturno y melancólico; hay trabajadores de pompas fúnebres que son los tipos más joviales del mundo, y en su momento tuve el honor de mantener una estrecha amistad con un hombre que trabajaba de plañidero de entierros, el cual, en su vida privada, cuando no estaba de servicio, era el individuo más cómico y jocoso que jamás haya entonado alegremente una canción despreocupada sin que le falle nunca la memoria, o que se haya tomado de un trago un vaso bien grande de ponche sin pararse para tomar aliento. Sin embargo, y pese a esos precedentes en sentido contrario, Gabriel Grub era un sujeto descontento, terco y hosco; un hombre huraño y solitario que solo tenía trato consigo mismo y con una vieja garrafa de mimbre que le cabía en el ancho y profundo bolsillo del chaleco; que observaba cada rostro alegre que pasaba

por su lado con tan intensa expresión de rencor y malhumor, que era imposible verla y no sentirse un poco peor.

Una Nochebuena, poco antes del crepúsculo, Gabriel se echó la pala al hombro, encendió el farol y se dirigió hacia el viejo cementerio, ya que tenía que terminar una tumba para la mañana siguiente y, como estaba muy alicaído, pensó que tal vez se animara si se ponía con la faena de inmediato. Mientras iba subiendo por la antigua calle, veía la radiante luz de los fuegos de los hogares que brillaba por las viejas ventanas, y oía las fuertes risas y jubilosos gritos de quienes estaban reunidos alrededor de ellos; notaba los bulliciosos preparativos para la fiesta del día siguiente, y olía los numerosos aromas sabrosos que resultaban de aquéllos según salían por las ventanas de las cocinas en nubes de vapor. Todo eso era ajenjo y veneno[1] para Gabriel Grub; y cuando grupos de niños que salían a saltos de las casas cruzaban corriendo la calle y, antes de que pudieran llamar a la puerta de enfrente, eran recibidos por media docena de pilluelos de pelo rizado que se agolpaban a su alrededor mientras subían en tropel las escaleras para pasar la velada entregados a sus juegos navideños, Gabriel sonreía con tristeza, agarraba el mango de la pala con más fuerza y pensaba en el sarampión, la escarlatina, el afta, la tos ferina y otras muchas fuentes de consuelo para él.

En tan feliz estado de ánimo, Gabriel siguió avanzando a grandes zancadas mientras contestaba con un breve gruñido hosco a los saludos amistosos de los vecinos con que se cruzaba de vez en cuando, hasta

1. Véase Lamentaciones 3: 19.

que echó por la oscura callejuela que llevaba al cementerio. Gabriel había estado deseando llegar a esa callejuela oscura porque era, en general, un agradable lugar luctuoso y lúgubre que apenas se decidían a tomar los habitantes del pueblo, salvo a plena luz del día y siempre que brillara el sol; por lo que cuál fue su indignación cuando oyó a un golfillo que a voz en cuello cantaba una canción festiva sobre una feliz Navidad en ese mismísimo santuario, que recibía el nombre de Coffin Lane[2] desde los tiempos de la vieja abadía y los monjes tonsurados. Conforme Gabriel avanzó y tuvo la voz más cerca, comprobó que se trataba de un niño de corta edad que se dirigía a toda prisa a unirse a una de las pequeñas celebraciones de la calle vieja, y que, en parte para hacerse compañía, y en parte como preparativo para la ocasión, iba gritando la canción a pleno pulmón. Así pues, Gabriel esperó a que llegara el niño y, acorralándolo en una esquina, le dio cinco o seis veces con el farol en la cabeza para que aprendiese a modular la voz. Mientras el niño se alejaba con la mano en la cabeza y cantando una melodía bien distinta, Gabriel Grub se rio entre dientes con ganas y, una vez dentro del cementerio, cerró la verja con llave.

Se quitó la chaqueta, colocó el farol y, metiéndose en la fosa a medio terminar, estuvo trabajando en ella alrededor de una hora con mucho afán. Sin embargo, la tierra estaba endurecida por la escarcha y no resultaba nada fácil cavarla y palearla; y aunque había luna, era muy nueva y apenas iluminaba la tumba, a la que cubría la sombra de la iglesia. En cualquier otro

2. «La callejuela del féretro».

momento esos impedimentos habrían vuelto a Gabriel Grub muy abatido y malhumorado, pero estaba tan contento de haber interrumpido la canción del niño, que casi ni prestó atención a sus escasos progresos y, cuando hubo terminado por esa noche, contempló la tumba con adusta satisfacción mientras recogía sus cosas y murmuraba:

> Qué gran sitio éste en el que morar,
> bajo la fría tierra tras la vida terminar;
> una piedra a la cabeza y a los pies más,
> y un rico festín para gusanos tú serás;
> malas hierbas encima y de humedad tanto,
> qué gran sitio para morar del camposanto.

–¡Ja, ja! –se rio Gabriel Grub, sentándose en la lápida horizontal que era uno de sus sitios favoritos de descanso al tiempo que sacaba la garrafa–. Un ataúd en Navidad: ¡un aguinaldo[3] navideño! ¡Ja, ja, ja!

–¡Ja, ja, ja! –repitió una voz que sonó muy cerca a sus espaldas.

Gabriel se detuvo un tanto alarmado a mitad de llevarse la garrafa a los labios y se volvió. A su alrededor, hasta el fondo de la tumba más vieja estaba tan quedo como el mismo cementerio a la pálida luz de la luna. La fría escarcha brillaba sobre las lápidas y relucía como hileras de gemas entre las tallas de piedra de la vieja iglesia. La nieve cubría dura y crujiente el suelo, y extendía sobre los montículos de tierra agolpados por todas partes una capa tan blanca y suave que era

3. En el original se juega con que en inglés ese aguinaldo navideño es «Christmas box» (caja de Navidad).

como si allí yaciesen cadáveres ocultos únicamente por sus mortajas. Ni el menor susurro rompía la profunda tranquilidad de tan solemne escena. El propio sonido parecía congelado, de frío e inerte que estaba todo.

–Ha sido el eco –se dijo Gabriel Grub llevándose de nuevo la garrafa a los labios.

–No, no lo ha sido –contestó una voz grave.

Gabriel se puso en pie de un respingo y se quedó clavado en el sitio de asombro y terror, pues de pronto vio una forma que hizo que se le helase la sangre.

Sentado sobre una lápida vertical, cerca de él, se encontraba un extraño ser sobrenatural del que al instante Gabriel pensó que no era de este mundo. Tenía las largas y estrafalarias piernas, que le podrían haber llegado al suelo, levantadas y cruzadas de un modo curioso y extraño; desnudos los nervudos brazos y las manos apoyadas en las rodillas. Alrededor de su cuerpo corto y orondo llevaba una envoltura muy ceñida y adornada con pequeños látigos, y de la espalda le colgaba una breve capa de cuello cortado en forma de curiosos picos que servían al duende de gorguera o pañuelo, mientras que los extremos de los zapatos se le ondulaban en largas puntas. Lucía en la cabeza un sombrero de copa redondeada y ala ancha, adornado con una única pluma. El sombrero estaba cubierto de blanca escarcha, y el duende tenía aspecto de llevar cómodamente sentado doscientos o trescientos años en esa misma lápida. Permanecía totalmente inmóvil, con la lengua fuera como si le hiciese burla, al tiempo que sonreía a Gabriel Grub de un modo que solo podría lograr un trasgo.

–No ha sido el eco –repitió éste.

Paralizado, Gabriel Grub fue incapaz de contestar.

–¿Qué haces aquí en Nochebuena? –le preguntó el duende en tono severo.

–He venido a cavar una fosa, señor –balbució Gabriel Grub.

–¿Y qué hombre se dedica a pasearse por cementerios y entre tumbas en una noche como ésta? –inquirió el trasgo.

–¡Gabriel Grub, Gabriel Grub! –gritó un frenético coro de voces que parecieron llenar el camposanto. Gabriel miró muy asustado a su alrededor, pero no vio nada.

–¿Qué contiene esa botella? –preguntó el duende.

–Ginebra holandesa, señor –contestó el sacristán, el cual tembló entonces más que nunca porque se la había comprado a unos contrabandistas y pensó que tal vez su interrogador perteneciese al servicio de aduanas de los duendes.

–¿Y quién bebe ginebra holandesa a solas, en un cementerio y en una noche como ésta? –insistió el duende.

–¡Gabriel Grub, Gabriel Grub! –exclamaron las frenéticas voces de nuevo.

El duende sonrió con lascivia y malicia al aterrorizado sacristán y, elevando la voz, preguntó:

–¿Y quién es, pues, nuestro justo y legítimo premio?

A esa cuestión el coro invisible contestó con un son que era como las voces de muchos miembros de un orfeón que cantasen con el fortísimo acompañamiento del viejo órgano de la iglesia; pareció llegar al sacristán llevado por un suave viento y fue desapareciendo conforme el leve soplo siguió adelante; no obstante, la esencia de la respuesta fue la misma:

–¡Gabriel Grub, Gabriel Grub!

La sonrisa burlona del trasgo fue aún más amplia cuando quiso saber:

–¿Y bien, Gabriel, tú que dices?

El sacristán respiraba con dificultad.

–¿Qué opinas de esto, Gabriel? –preguntó el duende, levantando los pies a ambos lados de la lápida y mirándose las largas puntas onduladas con la misma complacencia que si hubiera estado contemplando el par de botas de montar Wellington más elegantes de todo Bond Street.

–Son... son... muy curiosos, señor –contestó el sacristán medio muerto de miedo–; muy curiosos y muy bonitos, pero si no le importa, señor, me voy a terminar el trabajo.

–¿Trabajo? –dijo el duende–. ¿Qué trabajo?

–La tumba, señor, a terminar la tumba –balbució el sacristán.

–Ah, conque la tumba... ¿Y quién se dedica a cavar tumbas mientras todos los demás se divierten, y encima le gusta?

De nuevo las misteriosas voces respondieron:

–¡Gabriel Grub, Gabriel Grub!

–Me temo que mis amigos te quieren para ellos, Gabriel –dijo el duende, empujando la lengua contra la mejilla más que nunca, y bien asombrosa que era esa lengua–. Sí, me temo que mis amigos te quieren, Gabriel –repitió.

–Si es tan amable, señor –contestó el horrorizado sacristán–, no creo que sea así, señor, porque no me conocen, señor; no creo que esos caballeros me hayan visto nunca, señor.

–Ah, sí que te conocen –replicó el duende–. Conocemos muy bien al hombre de rostro malhumorado y

ceño fruncido que ha venido esta noche por la calle lanzando miradas malignas a los niños y agarrando aún más fuerte su pala de sepulturero. Conocemos muy bien al hombre que ha golpeado al niño por pura maldad y envidia porque el niño era feliz y él no podía. Lo conocemos, sí, lo conocemos muy bien.

Entonces el duende soltó una fuerte risa estridente que el eco devolvió ampliada por veinte, y, elevando las piernas, se puso a hacer el pino sobre su cabeza, o más bien sobre el mismísimo extremo del sombrero, en el estrecho borde de la lápida, desde donde dio un salto mortal con extraordinaria agilidad para ir a caer a los pies del sacristán y plantarse con la actitud con que los sastres se suelen sentar en el mostrador.

–Per... perdóneme, pero voy a tener que dejarle, señor –dijo el sacristán intentando moverse.

–¿Dejarnos? –exclamó el trasgo–. ¿Que Gabriel Grub va a dejarnos? ¡Ja, ja, ja!

Mientras el otro se reía, el sacristán observó un instante un brillante resplandor por las ventanas de la iglesia, como si todo el interior del edificio estuviera iluminado; luego desapareció, el órgano tocó un alegre aire y un auténtico tropel de duendes, iguales al primero, salieron al cementerio y empezaron a jugar a saltar al potro sobre las lápidas, sin que se detuvieran ni un momento para tomar aliento, sino que superaban al que más alto llegaba uno tras otro con extraordinaria destreza. El primer duende era un saltador increíble contra el que ninguno de los otros podía rivalizar; aun estando tan aterrorizado, el sacristán se percató de que, mientras sus amigos se contentaban con saltar las lápidas de tamaño normal, el primero lo hacía sobre panteones familiares, verjas de hierro y de

todo de gran tamaño con la misma facilidad que si hubieran sido postes de la calle.

Finalmente, el juego llegó a su punto de mayor emoción: el órgano tocaba cada vez más deprisa y los duendes saltaban cada vez más rápido, haciendo piruetas en el aire, rodando por el suelo y botando sobre las tumbas como balones de fútbol. Al sacristán le daba vueltas la cabeza por la rapidez del movimiento que contemplaba, temblándole las piernas mientras veía volar a los espíritus ante sus ojos, hasta que, de pronto, el rey de los duendes se abalanzó sobre él, lo agarró del cuello de la chaqueta y juntos se hundieron en la tierra.

Cuando Gabriel Grub hubo tenido tiempo de recuperar la respiración, de la que la rapidez del descenso le había privado momentáneamente, se encontró en lo que parecía una enorme caverna, rodeado por todas partes por multitud de trasgos feos y adustos; en el centro, en un asiento elevado, estaba su amigo del cementerio, y muy cerca de él el propio Gabriel Grub, sin poder moverse.

–Hace frío esta noche –dijo el rey de los duendes–, mucho frío. Venga, un vaso de algo caliente.

Esa orden hizo que media docena de oficiosos duendes, que tenían una sonrisa perpetua en el rostro y Gabriel Grub supuso que serían cortesanos, desaparecieran a toda prisa para volver al poco con una copa de fuego líquido que entregaron al rey.

–¡Ah! –dijo el duende, cuyas mejillas y garganta se tornaron muy transparentes mientras se bebía la llama–. Esto sí que lo calienta a uno. Traedle una copa bien llena de lo mismo al señor Grub.

En vano adujo el desdichado sacristán que no tenía costumbre de tomar nada caliente de noche, pues

uno de los duendes lo sujetó mientras otro le echaba el ardiente líquido por el gaznate, y todos los presentes se rieron a carcajadas conforme tosía, se asfixiaba y se limpiaba las lágrimas que le salían a borbotones después de tragarse la abrasadora bebida.

–Y ahora –dijo el rey, al tiempo que de un modo muy extraño le metía al sacristán la punta del sombrero en un ojo, lo que le produjo un intensísimo dolor–, y ahora, mostrad a este hombre amargado y pesimista unas cuantas imágenes de las de nuestro gran almacén.

Según decía eso el trasgo, una espesa nube que oscurecía el extremo más alejado de la caverna se fue apartando poco a poco hasta mostrar, al parecer a gran distancia, una habitación pequeña y poco amueblada, pero ordenada y limpia. Una multitud de niños pequeños estaban reunidos ante un brillante fuego, agarrándose a las faldas de su madre y retozando alrededor de la silla de ésta. La madre se levantaba de vez en cuando y apartaba la cortina de la ventana para ver si llegaba alguien; una frugal cena ya estaba puesta en la mesa y una butaca colocada cerca del fuego. Llamaron a la puerta: la madre abrió y los niños, agolpados en torno a ella, dieron palmadas de alegría al entrar su padre. Mojado y cansado, se sacudió la nieve de la ropa, y los niños con mucho afán se llevaron corriendo la capa, sombrero, bastón y guantes de la habitación. A continuación, cuando el padre se sentó a cenar ante el fuego, los niños se le subieron a las rodillas y la madre se situó a su lado, en lo que parecía una feliz escena de placidez hogareña.

Sin embargo, de manera casi imperceptible, la escena cambió para mostrar un pequeño cuarto en el

que yacía moribundo el hijo más pequeño y delicado; las rosas ya habían abandonado sus mejillas y la luz sus ojos, y mientras el sacristán lo contemplaba con un interés que nunca había sentido o conocido, el niño murió. Sus hermanos y hermanas, amontonados alrededor de su camita, le cogieron la diminuta mano, tan fría y pesada, pero enseguida se apartaron de su contacto y observaron sobrecogidos su infantil rostro; pues, pese a lo tranquilo y sereno que se veía al precioso niño que parecía dormir en paz, sabían que estaba muerto y se había convertido en un ángel que los observaba y bendecía desde el luminoso y dichoso cielo.

De nuevo la nube pasó por delante de la imagen y de nuevo ésta cambió. Ahora los padres eran ancianos y desvalidos, y el número de quienes los rodeaban había disminuido en más de la mitad; pero el contento y la alegría presidían todos los rostros y brillaban en todos los ojos según, sentados alrededor del fuego, contaban y escuchaban viejas historias de antaño. Lenta y pacíficamente el padre se fue a la tumba y, poco después, la que había compartido todas sus penas y preocupaciones lo siguió al mismo lugar de descanso eterno. Los pocos que aún les sobrevivían se arrodillaron ante su lápida y regaron con sus lágrimas el verde césped que la cubría; luego se levantaron y marcharon, tristes y abrumados, mas sin llantos de amargura, pues sabían que algún día se volverían a reunir todos y, al mezclarse de nuevo con el ajetreado mundo, recuperaron el contento y la alegría. La nube cayó sobre la escena ocultándosela al sacristán.

–¿Qué piensas de eso? –preguntó el duende girando su enorme rostro hacia Gabriel Grub.